

EL SUBALTERNO

Santiago Araúz de Robles



1.- EL DESCAFEINAMIENTO DEL SUBALTERNO



En los dos gruesos tomos de poesía taurina recopilada por Mariano Roldán (*Poesía universal del toro*, Editorial Espasa Calpe, cerca de novecientas páginas), sólo encontramos dos poemas dedicados a los subalternos. Y, sin embargo, leemos en Gregorio Corrochano –fuente permanente de magisterio en materia taurina–: «La lidia empieza en el primer capotazo. ¿Qué digo lidia? La muerte empieza en el primer capotazo. Todo cuanto se hace en el ruedo...».

Y como, del tiempo total que permanece en el ruedo, el toro se halla bajo la responsabilidad de los subalternos dos tercias, o quizá tres cuartas partes, resulta que el papel de los hombres de plata es importantísimo. Luego, si es que realmente se lidia a los toros, nos hallamos ante una patente injusticia, una más en un mundo en que la injusticia, si no es ley, es costumbre: el menosprecio de las cuadrillas. Hay quien dice, irónicamente, que el otro mundo será una caja de sorpresas «cuando cada duro se vaya con su dueño y cada mérito con su autor». No es preciso aguardar al filtro esclarecedor de la muerte, basta –en cuanto se refiere a la fiesta de toros– hacer

un ejercicio mental e imaginar lo que sería de tal o cual matador (no voy a cometer la imprudencia de citar nombres propios) si se le privase a su vez de tal o cual peón de confianza.

Sí que puedo dar testimonio –porque lo viví durante mi infancia y adolescencia– de que, con ser un torero de excepcional cabeza y con excepcional oficio, Antonio *Bienvenida* no hacía cosa alguna sin el previo parecer de su peón Guillermo: él elegía en la dehesa, participaba en el sorteo y, desde que el toro saltaba al albero, entre los dos se iniciaba un diálogo permanente. ¿Que, en este caso concreto, se trataba de un coloquio entre iguales, en que mutuamente se enriquecían Antonio *Bienvenida* y Guillermo? Es cierto: pero nadie, apenas, nombra ya a aquel peón, de bolsas bajo los ojos, piel cerúlea y modos ásperos, que era «la otra mano de la verdad» del hijo del *Papa Negro*.

En los últimos tiempos, algunas peñas taurinas con sensibilidad han establecido premios y distinciones para las tareas de los subordinados: al mejor quite, al mejor par de banderillas, al mejor puyazo...; y es de agradecer tal esfuerzo. Pero, a mi entender, lo que ocurre es que la función misma se halla desencajada. Hoy, en un tiempo de escalafones laborales, trienios y socialismos, el ser peón de un matador de toros no es sino una forma de pervivir (no digo malvivir, porque tampoco es eso), pero desde luego no es un camino para ir a parte alguna. El de subalterno se ha convertido en el oficio de la desesperanza y de la grisura.

¿Pero por qué es así? Y si lo es, ¿lo fue también en otros tiempos? Basta citar un ejemplo –innecesario, por lo demás, para los que tengan una mínima cultura taurina– para disipar dudas. De *Guerrita*, nada menos, escribe don José

María Cossío: «Comienza haciendo parte de una cuadrilla juvenil de cordobeses; su habilidad con las banderillas hace que se le pronostique *un gran porvenir de subalterno* (sic); no parece aspirar a más durante los años en que acompaña a matadores como *Bocanegra* o *El Gallo* en tal oficio, y no piensa en ser matador de toros hasta que.....». Hasta que la madurez le viene con el oficio, y le pesa tanto esa madurez que se encuentra de «maestro» prácticamente sin pretenderlo y aunque no lo quisiera.

Por el contrario, en el tiempo presente, el formar parte de una cuadrilla ni es importante en sí mismo, de manera que no hay un satisfactorio «porvenir de subalterno», ni tampoco es preparación para nada. Incluso el oficio de «sobresaliente de espada» –que constituye una sabia prevención legal: como los suplentes en cualquier equipo deportivo– ha pasado a ser tan de adorno, tan de broma, tan de papel, que provoca la risa (las más de las veces) si interviene en algún lance de la lidia. Fíjense qué paradoja si reparamos en el nombre con el que se les ha bautizado: «sobresalientes».

2.– LA PRISA POR LLEGAR. LAS ESCUELAS DE GENIOS

La fiesta de toros aparece, como tal, cuando los gremios aún están vivos. Los gremios son, como es sabido, la estructura corporativa de las profesiones, y se caracterizan por una doble nota: la enseñanza práctica o experimental, y su rígida estructura jerárquica. A nadie se le ocurre –ni por pura especulación mental– comenzar un oficio por el grado de maestro. Para ser batanero, hay que comenzar por trans-

portar los cestos de lana. Diego Velázquez de Cuéllar, el que había de ser *Velázquez*, sin necesidad de patronímico alguno, comienza como debe ser, moliendo los colores en el taller de Pacheco (por cierto, que esa «cocina» hace que sus lienzos tengan una gran calidad técnica y parezcan nuevos a pesar de los siglos que han pasado por ellos).



Fig. n.º 18.– Botero, F.: *Caballo del picador*, 1986, ól. s/t, 172 x 132 cm (Col. del artista).

Pues bien: el torero ingresa en el gremio (cuyo espíritu y hábitos subsisten, aun después de desaparecer como institución) y allí progresa de abajo a arriba. Una cuadrilla es un taller donde se aprende de la experiencia del «maestro». Cuando *Pepe-Hillo* (José Delgado Hillo) escribe su *Tauromaquia*, a finales del siglo XVIII, la encabeza con unas frases en que afirma lo siguiente: «Yo, gracias a Dios, puedo echar algunas plantas y reputarme un si es no es de maestro...; me anima (a escribir el tratado) que soy el primero que trata esta materia». En consecuencia, va a expresar sus ideas sobre la tauromaquia «fundadas en la sabia experiencia, que es la madre legítima de los conocimientos». Es decir: expone una doctrina experimental. Y dice: «Toda suerte en el toreo tiene sus reglas fijas que jamás faltan». Y todas esas reglas colaboran al fin único, que antes nos desvelaba Corrochano: preparar al toro para su adecuada muerte. Existe, pues, una concepción unitaria de la lidia, por una parte. Pero, además, el oficio de «matador» se muestra como el último peldaño de la escalera. Lógicamente, en la introducción a la profesión taurina se ascenderá a pocos: bajo la enseñanza y la vigilancia del maestro, quien a su vez seguirá aprendiendo «porque, a la verdad, en este arte tan magnífico siempre se está aprendiendo», el bisoño, aprendiz o subalterno se irá ilustrando y ensayando, a un tiempo, hasta poder optar, en su caso, a ser matador. Cualquier miembro de una cuadrilla, por tanto, merecía respeto por un doble motivo: por lo que ya era y hacía (que suponía un grave riesgo real, y una contribución importante a la tarea del matador); pero, además, por lo que en el futuro podía llegar a ser. Un subalterno era, entonces, una personalidad en potencia.

Las cosas cambian más tarde, en pleno siglo XX. ¿Y por qué razón? Porque cambia también la filosofía de la existencia. Para empezar, «el dogma ilustrado» de la *igualdad* se generaliza indebidamente. No se predica que todos merecemos las mismas oportunidades en la vida, sino que se proscribe al maestro. Luego ya no hay lugar para el aprendizaje: todos tenemos el mismo derecho a ser genios. Y, en segundo lugar, porque se menosprecia el esfuerzo. La revolución es radical: la concepción jerárquica gremial salta hecha astillas, y cualquiera considera que puede empezar por el final. Y si pueden saltarse los peldaños, los peldaños mismos van a perder toda su razón de ser: un subalterno ya no será camino hacia ninguna meta, como antes dije, sino pura y simplemente un segundón de por vida. Reparemos en un dato significativo. A la enseñanza gremial la ha sustituido, como regla general, la enseñanza universitaria: en ella predomina la formación teórica (con algunas clases prácticas, entreveradas y como guinda). Constituye clamor general que faltan, en España, sobre todo las profesiones intermedias (en el caso del toreo, faltan unos buenos «subalternos» que faciliten la labor del matador). Pues bien: cuando se crean las escuelas taurinas como fenómeno de los últimos tiempos –aunque con el precedente remoto de la Escuela de Tauromaquia de Sevilla, –o «escuela, gimnasio taurino», fundada en 1830 por iniciativa de don Juan Manuel Arjona– únicamente se piensa en la cúspide del escalafón: se van a habilitar matadores, genios, maestros. El quehacer de subalterno queda radicalmente ignorado.

¿No habría sido bueno –y la ocasión la brindaba el recién-tísimo Reglamento de Espectáculos Taurinos– que en estos centros se impartiesen enseñanzas globales sobre la lidia como uni-

dad, según el consejo de *Pepe-Hillo*, facilitando un primer título que habilitase a los aspirantes para integrarse en una cuadrilla, donde habrían de permanecer como meritorios un mínimo de dos o tres años (o un cierto número de festejos, como les ocurre a los aspirantes o *flying* de las compañías aéreas), lo que sería, a su vez, requisito para poder optar a la categoría de «espada»? Pero el tiempo apremia, y los guacharros que aún no abandonaron el nido quieren adornarse con las plumas del águila real. Hay una inquietud social, una urgencia por llegar y una impaciencia por el éxito que llevan a quemar esas etapas que, sin embargo, son las que dan como fruto la madurez y el aroma. Ni vale ya la concepción jerárquica y gremial del oficio, ni quienes podían y debían hacerlo han estructurado la formación académica como gradual y progresiva.

3.- ¡QUÉ IMPORTANTE ES UN «PEÓN»!

Y, sin embargo, ¡qué importancia tiene el subalterno en la lidia! En el momento inicial, es él quien «descubre» al toro. Salvo en el caso del que sale galopando, y remata con claridad en tablas (y al que el propio matador se anima a recoger), la res que asoma por toriles es una incógnita: y esa incógnita la despeja el peón que le ofrece por primera vez el engaño para observar cómo lo toma. Cabe, incluso, que el toro esté toreado o sea burriciego, es decir, que sea inhábil para la lidia y constituya una amenaza suelta. A esa posibilidad la enfrenta el «hombre de plata» o de alamares negros.

Los toros «no saben» embestir. No han ensayado antes de saltar al ruedo. Tienen el instinto de la embestida, es cier-

to: pero hay que alumbrársela y ahormársela. ¿Fue Miguel Angel quien dijo que una escultura es lo que queda después de quitar al bloque de piedra lo que le sobra? Pues, en el caso del toro bravo, una embestida adecuada es lo que resulta des-



Fig. n.º 19.– Botero, F.: *El quite*, 1988, ól. s/t, 209 x 291 cm (Col. del artista).

pués de corregirle –en el tiempo récord de un cuarto de hora que dura su lidia!– los defectos que naturalmente le acompañan, como la ganga a la mena o la paja al trigo. Al toro que «se va» hay que enseñarle la curva de carretón, y al que se recuesta, la línea recta, al igual que hay que enseñarle a humillar. Y todo ello sin descubrirse –un toro al que se le muestra la realidad del engaño se convierte en una mercancía inservi-

ble-, y sin gastarle más que una mínima parte del número contado de pases que tiene toda bravura.

El «peón» hace. Y deshace. Deshace con la famosa «suerte del burladero», es decir, cuando a la carrera se oculta detrás del burladero y hace al toro que le sigue romperse contra el madero la tabla del testuz. O cuando le quiebra indebidamente los riñones. O cuando le agota los pases de que dispone.

De manera que, segundo a segundo, lance a lance, va madurando –o va corrompiendo– la bravura del toro de lidia.

Y no sólo ocurre así con el peón de brega, sino, obviamente, también con el picador (acerca de quien escribí otro artículo *Taurologías*, porque me parece personaje interesantísimo y con una cierta sustantividad: trae el «campo» a la plaza de toros) (1990, 2: 5-11) a quien corresponde quitar el picante sin aguar el vino, supongo que se me entiende. Reflexionen en lo importante que sería que el «piquero» aguante a la res con la vara y a pulso: el toro no se desengañaría topando contra el muro que es el peto, sino que se encelaría aún más, creyendo que está a punto de alcanzar y herir. O en qué medida el picador que hiere delantero puede arreglar a un toro descarado, comialto.

Algo más tarde en la lidia, al banderillero le corresponde recuperar para el toro la movilidad, la «gracia», después de la medida sangría en que debería consistir la suerte de varas. Y finalmente, y en todo momento, a todos cuantos intervienen en la lidia les corresponde el cometido salvífico del «quite», el ejercicio final de la solidaridad en el ruedo, contra la amenaza incesante de la muerte que trota.

Se llama al matador «director de lidia». Pero difícilmente se puede ser director de las distintas suertes de la lidia sin haberlas conocido por dentro. Los buenos directores de

orquesta –en realidad, cualquier director de cualquier actividad– conocen el empleo de los medios que utilizan, de los instrumentos musicales en el caso del director de orquesta. Un buen lidiador ha de saber desde correr al toro a una mano, hasta poner banderillas sentado en una silla (como hacía, magistralmente, *El Gallo*). Un matador debería haber formado parte de una cuadrilla: no sólo para obrar con autoridad a la hora de dirigir la lidia, sino –además– para valorar adecuadamente la labor de sus colaboradores. A la vista de muchos novilleros, tenemos la impresión de que «no están» en la plaza durante la lidia, y que llegan justo cuando suenan los timbales para el último tercio. ¿Cómo van a tener autoridad sobre sus cuadrillas? Tan sólo el conocimiento cimienta la autoridad. Y –con excepciones, obviamente– los «matadores» son fabricantes academicistas de pases y no lidiadores con un poso de experiencia. Cualquiera recuerda cómo incluso personalidades especialmente dotadas, se han interesado globalmente en la lidia tan sólo al final de sus carreras. Entonces han advertido qué importante es prestar la atención que merece el toro en todos y cada uno de los momentos en que permanece en el ruedo.

4.– TAMBIÉN LOS SUBALTERNOS MUEREN

Sobre contribuir –aunque sea oscuramente– al éxito ajeno, los subalternos también son corneados. Y mueren en mayor número incluso que los espadas. No tengo a la mano las estadísticas, pero cualquiera conoce el hecho: son muertes menos sonadas, evidentemente, pero más numerosas que las de los matadores de toros.

Ocurre que la nómina de subalternos, debido a la deficiente confección de la fiesta, se nutre del fracaso. Llegan a ser peones quienes antes ensayaron ser toreros, y fracasaron en el empeño. Al «traje de plata», como le vengo llamando, se llega con la desesperanza a cuestras. Y –habitualmente– también con cicatrices en el cuerpo, es decir, con mermas mayores o menores en las facultades físicas. Y, finalmente, con un horizonte plano y en declive por delante: seguirán pisando el ruedo mientras el cuerpo aguante, sin posibilidades, ya, de gloria o de riqueza, ni siquiera con la esperanza de un retiro confortable.

No hay un examen físico de aptitudes. Torea de subalterno quien quiere y quien puede y mientras pueda.

A veces, torea el subalterno en la misma cuadrilla de algún familiar que triunfa: basta con recordar el caso de los Ordóñez, de los Vázquez, de los Camino... Hasta que un día, el infortunio hace su último reclamo. A Paco Camino no se le habrá olvidado, seguro, la muerte de su propio hermano ante sus ojos. En plena cuesta abajo, cuando –en lo que todavía es madurez vital para otras profesiones– estaba, como quien dice, recogido por la caridad.

De siempre se me ha antojado terrible la muerte del subalterno, por una razón bien sencilla: porque es la muerte que llega sobre el fracaso.

5.– VOLVAMOS A LA POESÍA TAURINA

Nada de extrañamiento que aquellos dos únicos poemas dedicados a los subalternos, y a que nos referíamos en la parte inicial de este trabajo, sean tristes y de una dramática desesperanza. En ambos casos, sus autores –Gerardo Diego, el poeta de más

autenticidad taurina, y Leopoldo de Luis— contemplan la misma realidad sociológica que hoy subsiste: la del subalterno hombre en declive y en puesto de segundón sin remedio.

Previamente, hay un gran número de autores que se han fijado no en los subalternos, sino en las distintas suertes dentro de la lidia como unidad (es decir, como debe ser). Y a cada suerte —y a cada oficiante de las mismas— le han alabado la sabiduría y la gracia que comporta su ejercicio. José Tafalla, a principios del siglo XVIII, habla ya de los servidores del caballero protagonista de la fiesta:

«Entraron de negro y plata,
sus lacayos, sombras ricas».

Y, también casi en los albores de la fiesta, Nicolás Fernández de Moratín subraya el riesgo que el oficio de «peón» o servidor de los caballeros entraña; y, en el famoso romance que comienza «Madrid, castillo famoso, que al rey moro alivia el miedo», incluye los siguientes versos descriptivos:

«Dio vuelta hiriendo y matando
a los de a pie que encontraba».

De manera que el servidor y la muerte, como compañeros inseparables. Pero esos trabajos y esos riesgos encontrarían justificación si el lance del subalterno se valorase como merece y se computase como mérito dentro de una carrera abierta a otras metas. Todavía, la concepción de la lidia como unidad en la que toda la cuadrilla participa está presente en don José Zorrilla, quien habla del picador como hombre que:

«pálida de valor la faz morena,
hincha en la frente la robusta vena
el picador, a quien el tiempo enoja».

También don Manuel Machado, en *La fiesta nacional (Rojo y negro)*, habla del picador:

«Un montón de correas y de astillas...
un fracaso de costillas
con estruendo...;»



Fig. n.º 20.– Botero, F.: *Alguacil*, 1986, ól. s/t, 170,2 x 120,7 cm (Col. del artista).

del peón que lleva a cabo el prodigio del quite al picador, precisamente:

«y encuentra en el camino
nada... la orla de un capote, sólo
una figura esbelta que le esquivo
jugando con su enojo;»

y del banderillero:

«ágil, sólo, alegre,
sin perder la línea,
sin más que gracia
contra la ira».

La misma concepción en Rainer Maria Rilke, quien habla, concediéndoles prestancia, de los picadores y de los banderilleros; o en Santos Chocano, a quien seduce, ¡cómo no!, la figura recia del picador; en Felipe Sassone, que llama al banderillero «mozo con dardos policromos»; en Adriano del Valle que, con rigor clásico, distingue las distintas suertes que componen la unidad de la lidia («el paseíllo», «suerte de varas», «los quites», «tercio de banderillas»...), glosándolas en igualdad de rango; o en Alberti, quien habla, unitariamente, de «la corrida».

Si se contempla con objetividad, hay que concluir que el papel o participación del peón, o banderillero, o picador no cede en importancia cualitativa al del propio «matador». Y así lo hace notar, sagaz y valientemente, Gerardo Diego:

«Gracias a vuestros incólumes cálculos,
quiebros y brincos, la lidia se fragua,
tercio tras tercio, la fábrica crece
y allá en campanil se remata».

Aún más: son los subalternos el burladero contra la muerte:

«¡Cómo voláis al socorro en el quite
tendiendo las alas del ángel!»



Fig. n.º 21.– Botero, F.: *Patio de caballos*, 1984, ól. s/t, 194,2 x 128,4 cm (Col. del artista).

Pero, aunque constituyan parte sustancial de la lidia (vuelvo a recordar lo que dice al respecto el maestro Corrochano), y aunque vivan la peripecia humana («os quedan la vida y la muerte»), es lo cierto –comprueba el mismo Gerardo Diego– que están de regreso y que «sueños de gloria, ambiciones volaron». El subalterno está en la rampa hacia su aniquilación diaria. Carece de sustantividad (se le niega socialmente): «Ya hacéis la ronda en la estela del astro». Sólo eso.

Y por ello el poeta comienza su poema con estos estremecedores versos que debieran ir bordados en el terno de luces de todos y cada uno de los «peones»:

«Quiero cantar a la cuadrilla ordenada,
la lanzadera, el tapiz de la lidia,
hilos de plata y de seda que tejen
la trama de un cuarto de hora.
Quiero exaltar el honor subalterno,
sólo empeñado en labrar pedestales...».

Quiere hacerlo Gerardo Diego por un imperativo de justicia; porque la realidad social es la que, con la pupila desorbitada, ha visto Leopoldo de Luis:

«Ningún sol brilla en este adorno mate
de pasamanería desgastado.
Borrosamente vamos, y la pena
hasta la misma sangre vuelve pálida».

Tengo para mí que lo único que –en su caso– conforta al subalterno es la gratitud del maestro, que, cuando es tal, sabe lo que le adeuda y dice de él, como Neruda de España: «el subalterno en el corazón».